



Arzobispo de Santiago

Carta Pastoral en el Adviento 2014

Navidad, misterio de belleza, esperanza y amor

Queridos diocesanos:

Fácilmente nos acostumbramos a celebrar la Liturgia en la Iglesia, cayendo en la monotonía, la rutina y tal vez la indiferencia, que nos impiden descubrir la novedad de la historia de nuestra salvación y encontrarnos con Cristo, “el mismo ayer, hoy y siempre”. A su luz se ilumina el misterio del hombre y la grandeza de su vocación en medio del gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de cada momento.

Una de las antífonas de Navidad proclama: “El Rey de la paz ha sido glorificado y toda la tierra desea contemplar su rostro”. Los ángeles cantaron en aquella Noche Santa: “Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad” (Lc 2,14), manifestándose la belleza, la grandeza y el amor de Dios. La Iglesia que ha hecho del *Gloria* un himno de alegría sobre la gloria de Dios, canta: ¡Por tu inmensa gloria, te alabamos, te damos gracias, te bendecimos! “La aparición de la belleza nos hace alegres sin tener que preguntarnos por su utilidad. La gloria de Dios, de la que proviene toda belleza, hace saltar en nosotros el asombro y la alegría. Quien vislumbra a Dios siente alegría, y en esta noche vemos algo de su luz”¹. Es una alegría de la que nadie debe quedar excluido.

En el Adviento la Iglesia nos llama a prepararnos para contemplar el misterio del nacimiento del Hijo de Dios hecho hombre en cuyo rostro se refleja la belleza de Dios. Escribió san Agustín en el comentario a la primera carta de San Juan: “Dos flautas suenan de modo diferente, pero un mismo espíritu sopla dentro. La primera dice: Es el más bello de los hijos de los hombres (Sal 45, 3); la segunda con Isaías dice: Lo vimos sin belleza, sin aspecto atrayente (Is 53, 2). Un único Espíritu toca las dos flautas: no desafinan en el sonido. No debes renunciar a escucharlas, sino tratar de comprenderlas. Preguntemos al apóstol Pablo para escuchar cómo nos explica la perfecta

¹ BENEDICTO XVI, *Homilía en el día 24 de diciembre de 2010*.



Arzobispo de Santiago

armonía de las dos flautas. Que suene la primera: El más bello de los hijos de los hombres; a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios (Fil 2,6). Ahí tienes en que supera en belleza a los hijos de los hombres. Que suene también la segunda flauta: Lo vimos sin belleza ni aspecto atrayente, y esto porque se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos, actuando como un hombre cualquiera (Fil 2,7). Sin belleza ni aspecto atrayente para darte a ti belleza y aspecto atrayente. ¿Qué belleza? ¿Qué atractivo? El amor de la caridad para que tu puedas correr amando y amar corriendo [...] Mira a aquel por quien hemos sido hecho bellos”².

El Adviento es tiempo de esperanza que se verifica y se hace creíble con el testimonio de la fraternidad en toda circunstancia, sobre todo en la adversidad. Esta esperanza se fundamenta en el Hijo de Dios encarnado que “puso su tienda entre nosotros”. Ya nada separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo. Por eso no deben caber en nuestra vida los miedos, los pesimismos, las desconfianzas, las tibiezas y los egoísmos. ¡No debemos tener miedo a ser buenos!, aunque oigamos a veces decir que si eres bueno te comen. Esta forma de pensar paraliza nuestra esperanza.

La preparación espiritual para la celebración de la Navidad nos ayudará a limpiar los ojos de nuestra alma y de nuestro corazón, confrontándonos con la Palabra de Dios, y viviendo la conversión con la participación en el Sacramento de la Penitencia y en la Eucaristía “en la que el Misterio se hace presente y llena de sentido y de belleza toda nuestra existencia”. Así podemos contemplar el amor de Dios con que Cristo nos ha amado y nos pide manifestarlo a los demás a través de la caridad. Más allá de los tics sentimentaloides que se han ido adhiriendo, la fiesta de la Navidad, encuentro entre el cielo y la tierra, nos urge a vivir el gozo de sabernos amados por Dios. ¡Abramos de par en par la puerta de nuestro corazón al Dios con nosotros para recomponer vínculos familiares, laborales, sociales, políticos, y vivir en armonía con Dios, con nosotros mismos, con los otros y con todo lo creado!

Signo clarividente debe ser la comunión en la vida familiar, en las comunidades de Vida consagrada, en nuestro presbiterio diocesano, en nuestras comunidades parroquiales y en el compromiso apostólico de nuestra comunidad diocesana. El consumismo no es respuesta a nuestro vacío espiritual. No olvidemos que hay muchos hogares con graves problemas económicos, que muchas personas se ven afectadas por la precariedad en

² San Agustín, *In Io. Ep.*, IX, 9.



Arzobispo de Santiago

ámbitos como la vivienda y la salud, y que muchos jóvenes son considerados como “generación hipotecada” al no contar con la posibilidad de un empleo. No tienen lugar en la posada de nuestra sociedad. Con todos ellos hemos de vivir la Navidad, ayudándoles con nuestra colaboración económica y llevándoles la Luz que brilló en Belén. El apóstol Pablo nos dice: “Revestíos de compasión entrañable, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo. Y por encima de todo esto, el amor que es el vínculo de la bondad perfecta. Que la paz de Cristo reine en vuestro corazón: a ella habéis sido convocados en un solo cuerpo. Sed también agradecidos” (Col 3, 12-15). ¡Siempre es Navidad! ¡Feliz Navidad!

Os saluda con afecto y bendice en el Señor,

+ Julián Barrio Barrio,
Arzobispo de Santiago de Compostela